

EL ECUMENISMO DE LA FRATERNIDAD EN BENEDICTO XVI¹

JESÚS LÓPEZ MEDEL

*Académico de Número de la Aragonesa
de Jurisprudencia y Legislación.
Vicepresidente de la Sección de Derecho
de la Real Academia de Doctores*

ÍNDICE

1. Antecedentes históricos y teológico-filosóficos.—2. Aspectos renacentistas y actuales.—3. La fraternidad como transcendencia de la fe.—4. Pregunta ecuménica previa: ¿en qué creen los que no creen?—5. Las plataformas ecuménicas de la fraternidad: 5.1. Más allá de la predestinación.—5.2. Más allá de la globalización intereconómica o social.—5.3. «Del fervor al fanatismo».—5.4. La familia, escuela de fraternidad.—5.5. La puesta a punto, en la Orden del Santo Sepulcro, del sentido ecuménico fraternal.—Anexos: Bienvenido, Santo Padre, Benedicto XVI. Benedicto XVI, Pontífice de la Verdad y del Amor.

La sugerencia de esta reflexión nació inicialmente de la que hice, tiempo atrás, luego de una lectura reposada del siguiente texto de BENEDICTO XVI, en la obra *«La fraternidad de los cristianos»* (Salamanca, 2004, pág. 5): *«Pablo recomienda encarecidamente a los cristianos practicar con ellos el amor mediante la enseñanza y la exhortación para transmitirles sin descanso la luz de la palabra. Sólo cuando esto no da fruto exige interrumpir el trato con ellos e incluso en casos extraordinarios apartarlos de la comunidad. Pero el objetivo permanente es siempre la conversación y el retorno pleno a la comunidad fraterna de los cristianos»*.

La actualidad de estas palabras (Lecciones en Viena, publicadas en Munich), es evidente, no sólo para los cristianos o para la Iglesia, sino para la propia Europa. El Papa BENEDICTO XVI no se andaba por las ramas, cuando a finales de marzo de 2007, con ocasión de cumplirse los 50 años del Tratado de Roma, exhortó a los obispos europeos para hacer llegar a todos, cristianos o no, que sin una vuelta clara a las raíces de

¹ Comunicación a las V Jornadas Internacionales del Centro de Estudios de la Orden del Santo Sepulcro, Zaragoza-Calatayud, del 11 al 14 de abril de 2007.

la fe, en la que se miraron los fundadores de la Comunidad Europea —con dos estadistas como SCHUMANN y DE GASPERI a los que se sigue un proceso de beatificación—, Europa se destrozaría a sí misma. No sólo desde el punto de vista ético o religioso, sino demográfico o ecológico. Precisamente, cuando alguno de estos países, primero en contradicción y luego en paralelo, también habían brotado, como slogan de una revolución laicista, la idea de «fraternidad», también perdida, por el impacto mecanicista, o marxista, o hedonista, o economicista, que suele presidir la vida en la Unión Europea, desviándose de los elementos de cohesión, de coherencia y de solidaridad. Parece probable que el Papa visite pronto el Parlamento Europeo. Entonces, podremos, seguramente, comprobar que la idea de fraternidad es necesaria, y es posible.

1. ANTECEDENTES HISTÓRICOS Y TEOLÓGICO-FILOSÓFICOS

No es fácil encontrar muchos antecedentes intelectuales y aun filosóficos, sobre la idea de la fraternidad. Bien porque se considerase connatural a la filiación, cuando se trata de esquemas familiares, bien por la elementalidad de las sociedades primitivas formadas o modificadas casi siempre en el belicismo o en la conquista del poder. Orgánicamente no se daban criterios operativos, y menos coactivos, salvo la fuerza. En el sentido de paternidad o filiación es cuando ha podido brotar el concepto, y de ahí que la fraternidad pudiera decirse que no tiene historia, o que sea un fenómeno ahistórico. Ha sido necesario que por la Revelación cristiana-biblica y evangélica haya surgido la idea del hombre, como *imago Dei*, creado por Dios. Y a su vez, iguales todos los hombres ante Dios, se ha podido encontrar la fuerza creadora de la fraternidad. Aunque luego haya penetrado, con mayor o menor fortuna, en corrientes doctrinales, filosóficas, políticas o jurídicas. Incluso en algunos momentos pudo estar ausente de ellas, o se haya podido producir el secuestro del término «fraternidad» o su manipulación.

Sí ha sido evidente que en diversos textos del mundo greco-romano, el término «fraternidad» se ha presentado de distintas maneras, basadas en el lado de la consanguinidad, o en el del com-patriota (patriotismo).

La *polis* engendró cierta «comunidad» o «fraternidad». Pero era un concepto aislado, corto. Cosa que no ocurrió en el Nuevo Testamento, a partir del hecho religioso en el pueblo judío. Yaveh, el Dios Creador y Padre, es el que da sentido a la paternidad, lo que lleva consigo la fraternidad, vinculadas a los aconteceres de aquel pueblo judío, a lo largo de su historia, o de su destierro, o de su esperanza a llevarla consigo. La imagen de Dios, es la que permite una visión teocéntrica de la fraternidad para los miembros de un mismo pueblo escogido y de una misma fe.

De otro lado, en una visión estoica, dentro de la vivencia del Derecho Romano que resultaba atractivo para todos los pueblos al ser sometidos —según expuso don Juan IGLESIAS, y también lo percibe ORTEGA Y GASSET— se viene a conocer una realidad de la fraternidad menos teocentrista y más racional, también menos amplia, o más limitada. No deja de ser una expresión connatural, más abierta o no exclusiva de la filiación.

A nuestro modo de ver, la dimensión metafísica más profunda y más universal tiene lugar, plenamente, con el cristianismo, en la óptica de los evangelistas y de SAN PABLO: *los hombres iguales para la salvación*. Y aun cuando las estructuras residua-

les de la esclavitud y del Imperio en Roma, frenaron la expansión del hecho de la fraternidad, persistió el ejemplo de los primeros cristianos en las catacumbas, y aun de la de éstos con sus propios verdugos.

2. ASPECTOS RENACENTISTAS Y ACTUALES

Hay un punto medular —nos parece a nosotros—, tal como hemos desarrollado en el trabajo «*El Derecho en el Renacimiento Español*», (Conferencia en la Real Academia de Doctores de España y en Casino de Madrid, abril de 2007), en tanto en cuanto el hecho americano del Descubrimiento de América va a exigir, por parte del poder civil —los Reyes Católicos y el Emperador CARLOS V— y por parte de la Iglesia, unas discusiones no sólo sobre la titularidad de las tierras encontradas —tesoros ocultos— sino de los hombres, que allí viven. La persistencia de la idea de evangelización, con la controversia de Ginés DE SEPULVEDA y Bartolomé DE LAS CASAS, va a ofrecer al mundo y a la Iglesia una corriente positiva, no siempre fácil, de la fraternidad. Al tiempo que Luis VIVES nos hablará del «socorro a los pobres». Las vicisitudes de Tierra Santa, y la defensa de los Santos Lugares, al igual que el dique de detención a los turcos respecto a Europa, ponen a prueba todo lo que se había avanzado, en una estructuración y aun generalización de la fraternidad. Primero, con la erección de un *Derecho de Gentes*, y segundo, con unas bases mínimas para la convivencia y *derechos humanos*. Una vez más, el hecho religioso fundamenta, alimenta y mantiene la fraternidad.

Explica RATZINGER (ob. cit., pág. 32), que hay una fenomenología distinta a partir de la Ilustración y de la Revolución Francesa. El reformismo de LUTERO, va más allá del reformismo espiritualista de ERASMO, y va a entrar en una dicotomía, a raíz o no de una predestinación, y de un sentido del pecado como inmanente, salvo la gracia de Dios. De ahí la apariencia de sustitución de la fraternidad por la igualdad, lo que se mantiene incluso hasta KANT. Cuando a la consiguiente búsqueda de la libertad, se hace marginación de la dimensión religiosa, la Ilustración, primero, y la Revolución Francesa, después, van a incorporar las ideas, conjuntamente, de libertad, igualdad y fraternidad, rompiendo todas las barreras, aunque, de hecho, la hicieran inviables. Al contrario, el marxismo hace suyo el molde de la fraternidad, desprendida de toda conexión con Dios. El hombre queda encerrado en una dialéctica, y en un mito. MARX encuentra en la lucha de clases el slogan de la superación de una alienación histórica, que envuelve un alocado desenvolvimiento de la fraternidad sin Dios. Es decir, el amor fraterno ilimitado de la Ilustración, y el último dialéctico revolucionario del marxismo provoca una marginación, y en algunos supuestos concretos, un derrumbe de la verdadera fraternidad en su sentido humano y cristiano, que queda, muchas veces, como residual. Pero a su vez, lo suficientemente robusto como para sobrevivir, y seguir haciendo más transcendente.

En los últimos tiempos, el fenómeno de la globalización, como luego insistiremos, por otra vía, quiere rehacer la viabilidad de una fraternidad en el sentido no ya sólo expansivo sino cualitativo. Y así, concurren efectos prácticos, y experiencias desmedidas, como decía JUAN PABLO II —si la globalización no tiene su base en dimensiones transcendentales del hombre, no será definitivamente constructiva (V. nuestro trabajo «*El 11-M: causas y efectos ético-jurídicos*», Anales de la Real Academia de Doctores de España, 2003).

Finalmente, el término «fraternidad» está ausente en el planteamiento o análisis de una radiografía social, al menos en el sentido positivo. Y, en la larga descripción sobre la Declaración Universal de Derechos Humanos, que hace Francisco PUY, en «*Lecciones de Derecho Natural*», 1970, págs. 373 y ss., no aparece la fraternidad, porque puede ser más resultado de todos y cada uno, y porque los entiende como derechos naturales de la persona humana. En el caso de ORTEGA Y GASSET, en la descripción del hombre masa, en el sentido negativo, podríamos decir que uno de sus signos es la carencia del sentido de fraternidad, aunque así, con rotundidad no los señale (V. nuestra obra «*Ortega y Gasset en el pensamiento jurídico*», Madrid, 2003, págs. 97 y ss.). Por el contrario, dice: «...*El hombre masa se habitúa a no apelar de sí mismo a ninguna instancia fuera de... El hombre masa carece simplemente de moral que es siempre por esencia conciencia de servicio y obligación*».

3. LA FRATERNIDAD COMO TRANSCENDENCIA DE LA FE

Para descubrir la universalidad del sentido de la fraternidad, el entonces Cardenal RATZINGER, en la obra «*La fraternidad...*» (ob. cit., pág. 39 y ss.), se detiene a analizar el concepto de «hermano» en las palabras de Jesús, superando los antecedentes, a veces sinuosos que pudieran darse en el pueblo judío. Y doctrinalmente en el Nuevo Testamento. Analiza las tres acepciones de «hermano» que distingue SCHLEKE: una, como compañero jurídico de religión (enfadar al hermano, San Mateo: «*ves la mota en el ojo de tu hermano*»). Es un concepto incipiente, que se mueve dentro de la comunidad judía. Otra acepción sería el término «hermano» empleado a los discípulos de Jesús, como se puede desprender, según San Mateo, de textos de Jesús, a raíz de su Resurrección: «*decid a mis hermanos que vayan a Galilea...*», «*No os dejéis llamar maestros, porque uno es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos*». Pero habría un tercer grupo, más trascendente, y profundo, cuando Jesús le pregunta: «*¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?*», y responde: «*Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana, mi padre*».

Posiblemente, esta última connotación, que no excluye las anteriores, sea la más rica, porque supera la consanguinidad, la filiación y el parentesco de sangre, y la traslada a un parentesco espiritual. En definitiva, hay un ámbito operativo o una dimensión decisoria de carácter espiritual que emana de la voluntad de Dios. Este sería el matiz que va a encontrarse en San Pablo, y en toda la Patrística. De hecho, en la vida monástica y ascética, es donde mejor se puede percibir esa fraternidad trascendente. La paternidad de Dios es la que fundamenta y hace posible y comprensible la fraternidad entre los hombres. El Cardenal ROUCO (discurso sobre «*Los fundamentos de los derechos humanos: una cuestión urgente*», para su ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 2001), llega a fundar los derechos humanos en la propia dignidad de la persona en cuanto que cada ser humano ha sido querido y creado directa e inmediatamente por Dios, con su propio nombre, para respetar y cumplir lo que unos deben a los otros como personas igualmente queridas por Dios, en virtud de su gracia, que eleva a todo hombre para un proyecto de existencia marcado por el don y la exigencia del amor.

4. PREGUNTA ECUMÉNICA PREVIA: ¿EN QUÉ CREEN LOS QUE NO CREEN?

La fraternidad es el resultado —así la vemos nosotros— de la justicia, de la solidaridad, de la libertad, de la paz y del crecimiento en todas las dimensiones del hombre, a través de la educación, en cuanto hombres. ¿Qué papel, entonces, tiene lo religioso, para fortalecer esos principios, que, explícitamente, están en la exposición de la Declaración Universal de Derechos Humanos, de 1948?. ¿Por qué el encargo de «*id y enseñad a todas las gentes*» sigue vigente?. Esa es su misión.

Antes de pasar a los aspectos concretos en que examinamos las coordenadas, en parte fácticas, del ecumenismo de la fraternidad, en la línea del Papa BENEDICTO XVI, habría que intentar dar respuesta a un interrogante más general: ¿en qué creen los que no creen?

Recordemos que el filósofo Umberto ECO y el Cardenal MARTINI, de Milán, publicaron un libro, muy sonado en Italia, con este interrogante como título «*¿En qué creen los que no creen? Un diálogo sobre la ética en el fin del milenio*». Tal pregunta no se refiere sólo a un problema de fe, sino a tres dimensiones de lo humano que están presentes en todos los estratos de nuestra realidad personal y colectiva. Las tres dimensiones —alguien las ha llamado *tres pisos* o tres moradas—, o las *tres alturas* —como nosotros las denominamos— están en la *estética*, la *ética* y la *religión*. Y es importante por el ámbito de la fraternidad.

La dignidad del ser humano no es uniforme, sino plural y abierta. Siempre con tendencia a recobrar altura. Porque la libertad no es actividad de pocero, sino de sembrador. Hacia arriba. Hacia adelante. Y de ahí que, en aquellos tres aspectos, sea necesario creer en algo, por lo menos en que hay algo más Arriba o más Allá de nosotros. Con un punto crucial: ¿en qué tipo de hombre creen y piensan aquellos que no creen ni piensan en el más Arriba o en Dios?. ¿No se autolimitarán en la propia fuerza de su libertad? ¿Es posible una fraternidad más allá de las creencias?

Ocurre que en cada cual hay —como diría Max SCHELER— la necesidad de encontrar el «propio puesto» en el mundo. No es menos, ni distinto, el que menos tiene. Ser no es poseer. HEIDEGGER nos invita a la reflexión de «ser y existir». Pero siempre ante la búsqueda o encuentro de aquel primer plano, el de lo estético, que es la manifestación externa, digna, correcta, y aun bella, del hombre que se expresa.

En un segundo plano, lo *ético*, para encontrarse uno consigo mismo y con los demás. Y en un tercero, la dimensión de *lo religioso*. El hecho o el dato estético, el dato ético y el hecho religioso son realidades innegables de la Historia.

En cualquier civilización están los grandes o bellos monumentos; y, de entre ellos, los religiosos. Sobre estos hechos y datos, sí que no nos cabe quedarnos dormidos, y sí que podemos preocuparnos. El progreso en lo estético sobrevive y crece, pese a tanta basura como nos circunda. Lo ético lo vemos no sólo en los hombres voluntarios que se entregan a los demás, sino también en el riesgo que estamos contemplando en las sociedades modernas, democráticas o no, con la corrupción, que derrumba gobiernos y convulsiona sociedades y naciones. Y lo religioso anuda aquellas y ambas dimensiones. Porque la bondad, la malicia, el bien y el mal, el sentido

trascendente de la vida, no sólo han ahornado la historia, sino que puede alumbrar el siglo XXI. No se trata de un brindis al sol. Afecta a todo el sistema de la sociedad. Sólo tiene, principalmente, una palanca: *la educación*, en lo estético, en lo ético y en lo religioso. Cuando esa educación —que tardíamente se ha llamado «educación en valores»— falla, estamos poniendo las bombas de relojería silenciosa que estallan en supuestos puntuales: la drogadicción, las rebeldías juveniles, familiares o sociales. Somos tardo-estéticos, tardo-éticos y tardo-religiosos. Se podría decir que la generalización consciente de la fraternidad implica tener en cuenta las «creencias» de los que no creen. Aunque suponga un esfuerzo incluso cultural par nosotros mismos. Siempre fraternal, natural. (V. n. ob. «*Introducción al Derecho. Una concepción dinámica del Derecho Natural*», Madrid, 1975).

5. LAS PLATAFORMAS ECUMÉNICAS DE LA FRATERNIDAD

Cuando BENEDICTO XVI se está refiriendo al «verdadero universalismo de la fraternidad» («*La fraternidad...*», ob. citada, pág. 97), advierte que en la fundación de la Iglesia y en la realización del encargo de Cristo se crea una nueva dualidad en la humanidad, la de la Iglesia y la no Iglesia, pero que el verdadero objetivo de la obra de Jesús, no tiene que ver sino con el todo, es decir, con la *unidad de la humanidad*. O, como antes también decíamos, entre los que creen y no creen, ya que potenciales seres humanos tanto a la creencia, como a la vivencia, como a la fraternidad son todos los hombres de acuerdo, además, con una manifestación de la ley eterna.

Ello no quiere decir, que no hayamos de entrar en lo que el propio RATZINGER denominaba «*los límites que existen en la fraternidad humana, ante los cuales hayamos de cumplir nuestro deber con la mayoría a través de una misión, el ágape y el sufrimiento*». De ahí que nosotros hayamos querido subrayar algunas «plataformas específicas» para bordear o adentrarnos en esos límites, o para perfilar desde situaciones específicas, caminos o esferas de proyección de fraternidad. Entre ellas, podemos señalar las siguientes:

5.1. Más allá de la predestinación

La reforma protestante, en el fondo, terminó por moverse en una dualidad virtual de esferas: el hombre predestinado, y el hombre no predestinado o pecador (LUTERO acostumbraba a decir que el pecado en el hombre es como la barba: la afeitas y afeitas, y sigue saliendo). Aquella distinción llevó, especialmente, a CALVINO a una división de la humanidad. Las Cartas que Miguel SERVET dirige a CALVINO, le valieron, usando al pueblo calvinista, su propia condena en la hoguera (v. n. ob. «*Miguel Servet en el Escuela Española del Derecho Natural Cristiano*», Zaragoza, 1998). RATZINGER sitúa a Cristo como plataforma que rompe la ruptura entre elegido/no elegido. Y afirma (pág. 101) que «*El elegido y el llamado por la gracia al conocimiento de la fe y del amor, deberá estar siempre dispuesto a ser representativamente el repudiado, mediante el cual el otro es coelegido, a modo de intercambio. El uno está para el otro y tal cosa es una muestra de confianza en Dios para con nosotros*». Creemos que anda por ahí, la «hoja de ruta» de un acercamiento de las Iglesias separadas, que ha de centrarse en torno a la fraternidad.

5.2. Más allá de una globalización intereconómica o social

Quedó apuntado anteriormente el fenómeno de la globalización, en esa interdependencia, por realidades, e imperativos técnicos y sociales. La intercomunicación nos ha puesto a todos los hombres más próximos —sea por los móviles, los ordenadores, o por internet. Esa globalización ha de darse no sólo en la horizontalidad de las intercomunicaciones, o internecesidades, puestas al día. Ha de producirse o estimularse una globalización vertical o transversal. Que no pierda de vista nunca la dignidad de la persona humana. Que no la destruya, que parta de la naturaleza peculiar del hombre, sean niños, mujeres, mayores, enfermos, pobres. «*La Iglesia —nos dice RATZINGER— es siempre un espacio abierto, un concepto dinámico... La Iglesia no es sino un movimiento del Reino de Dios en el mundo (historia) en el sentido de totalidad escatológica*». De ahí que en la propia globalización, el fermento de la fraternidad haya de estar siempre latente.

5.3. «Del fervor al fanatismo»

Este es el título de un comentario (ABC, de 21-6-2008), del sacerdote Jesús HIGUERAS, a raíz de la invitación que El Vaticano hacía, por aquellos días, a cristianos y musulmanes a «respetarse, amarse y trabajar juntos», como respuesta inmediata del Papa a las tergiversaciones sobre la polémica de Regensburg. El citado comentarista apuntaba a que el fundamentalismo puede llegar a la violencia y aun al terrorismo. Precisamente, cuando se observa en no pocos creyentes en MAHOMA un fervor e integridad, en algunos momentos ejemplares. Pero, históricamente, la experiencia nos dice que la no fidelidad, y la carencia de fraternidad entre los cristianos, siempre —según Julián MARIAS— ha coincidido con momentos de nuestra debilidad, que se ha interpretado por el mundo árabe, como de infidelidad, la etapa de la Reforma, la de la Revolución francesa, la época actual, etc. Pues bien, el incremento de fraternidad, y sobre todo, la toma de conciencia de la fraternidad cristiana puede ayudar a comprender mejor no sólo los límites en que los musulmanes puedan tener de expansivo, sino las reservas positivas de nuestra fe, para nuestro entendimiento. Solamente, con darnos cuenta de este tema, estaríamos en posiciones mejores de fraternización, cada uno en su puesto, limitando los fervores fanático-fundamentalistas y no separando Fe y Razón.

5.4. La familia, escuela de fraternidad

En múltiples monografías, ponencias y congresos, hemos puesto de relieve el papel que una escuela abierta, libre, con acceso de todos y en valores, constituye una fuente básica para la fraternidad, y como la fuente inicial y habitual de ella. La ignorancia divide. La Iglesia, siempre se sintió volcada a la llamada a la educación, porque, según SANTO TOMAS—, en el hombre está impresa la idea del sentido natural de superación —física y anímica— que le lleva a su perfección, a su crecimiento. El no saber, el no conocer, fragmentan. Y promueven la creación artificial de dos mundos, dos dualidades. «*En la medida en que la Iglesia tenga cada vez una mayor impulso misionero empezará entonces a realizar de nuevo y cada vez con más vigor, su fraternidad interna*» (pág. 103, de la obra citada de RATZINGER). Y esa fraternidad interna se logra en el orden humano por la educación. Nunca deberemos olvidar —menos ahora en los 450

años del nacimiento de San José de CALASANZ— el germen de la Escuela Popular Cristiana, que se alcanza en el siglo XVI, y que supuso una verdadera revolución en la Iglesia. JUAN PABLO II y al actual Pontífice remarcaban, especialmente, el papel de la familia, como primera escuela de fraternidad. (V. n. ob. «*Libertad religiosa y derecho a la educación*», Madrid, 2004, y la obra de RATZINGER, «*Mi vida. Autobiografía 1927-1977*»), Ediciones Encuentro, Madrid, 2006).

5.5. La puesta a punto, en la Orden del Santo Sepulcro, del sentido ecuménico fraternal

Cerramos esta reflexión, con lo que en el fondo es una toma de conciencia de cuantos hermanos integramos la Orden del Santo Sepulcro, cosa que podríamos decir, impregna esta Semana de Estudios, en algunos trabajos, de manera más expresa que en otros. Es significativo que en algunos documentos actuales (por ejemplo, en el libro de Reginaldo PIZONNI, «*Derecho, Ética y Religión. Fundamentación metafísica según Tomás de Aquino*», Bolonia, 2006), la fórmula de aproximación entre la norma positiva, la moral y la religiosa, se encuentra facilitada en tanto en cuanto se advierta con mayor evidencia las cercanías del sujeto de derecho, con su dignidad y su trascendencia. Esa sería la plataforma más rica para la fraternidad en una dimensión generalizada y ecuménica.

Por lo tanto, en esta línea abierta pero exigente, es en donde se ha movido o ha intentado hacerlo la fraternidad en la Orden del Santo Sepulcro. Mirando a sus miembros, y avanzando dentro de ellos.

Al mismo tiempo, en la situación actual, no sólo de Europa, sino de los Santos Lugares, la reafirmación de la «fraternidad» puede ser la llave de muchas otras acciones, esfuerzos y metas. En la Exhortación última del Santo Padre, en marzo de 2006, a los obispos europeos, con ocasión del cincuentenario del Tratado de Roma, y que constituyó una especie de preaviso sobre su futuro —la crisis demográfica y ética puede llevar a Europa a despedirse de la Historia— hay una evidente llamada a la fraternidad entre los que los hombres, partiendo de su dignidad personal, y al hecho de lo que puede suponer una óptica trascendente del hombre, como se creado por Dios. Marginado de Dios, no es nada. Por otro lado, la pomposa declaración de Berlín, de marzo de 2007, a nivel comunitario europeo, con ocasión del antes citado aniversario, sigue teniendo límites y flecos.

Pues bien, traigo aquí esta cita, porque hemos de ahondar en esa llamada, como respuesta que ha de encontrar eco en todas las instituciones de la Iglesia, y por tanto en nuestra Orden del Santo Sepulcro. En el epílogo de «*La fraternidad...*» (pág. 109), RATZINGER reconoce que «*en el problema de la aplicación al mundo de hoy de la fraternidad cristiana, tales ideas parecen sorprendentes e incluso alienantes. ¿Qué se puede hacer hoy —se pregunta— respecto a los hermanos separados?. ¿Cómo se relacionan los cristianos entre sí?. ¿Es que el no católico es para los católicos, hermano sólo en el mismo sentido en que lo es el ya bautizado?*». RATZINGER conoce la dificultad de una respuesta: «*Lo más que podemos intentar es seguir pensando según el espíritu del Nuevo Testamento...y hay mucho que trabajar*».

En realidad, esa preocupación afecta no sólo al «grupo protestante» y al de la Iglesia Oriental, También —sin decirlo, porque no es exhaustivo— a la óptica operativa en

que ha de moverse todo lo que concierne a los Santos Lugares, vistos no sólo como una expresión de la crisis de esa ruptura de lo musulmán, lo judío, y lo cristiano. Y es verdad que dentro de cada comunidad o iglesia, ha de existir su propia fraternidad, unas y otras, reconociendo un tipo de fraternidad distinta. *«Los cristianos —termina el Papa, pág. 114— han de sentirse hermanos unos de otros en el sentido originario».*

De ahí que sin especificar acciones concretas —lo que no corresponde a nosotros, ni es el momento— sí que cabe intuir que BENEDICTO XVI quisiera progresar en esta línea. Que no está sólo en la corrección fraternal de SAN PABLO. Ni en una mera confraternidad con otras instituciones que puede actuar en los Santos Lugares. Sobre todo, sentirnos solidarios con todos los que en los Santos Lugares, institucional y personalmente, son ejemplo de fraternidad. Y a partir de ahí, la Orden del Santo Sepulcro pueda impregnar, horizontal y verticalmente, su carisma en esa idea ecuménica de fraternidad, tal como el mundo de nuestro tiempo nos exige. Partimos de una fortaleza y fe, y de una verificación en nuestro ámbito de las exhortaciones del Pontífice, que *«Dios es Amor»*. Y ese amor rebrota, y está presente en todos los ámbitos y esferas de la creación, de la sociedad, y de la vida personal de cada cristiano. Y así se podrá llegar... al *«retorno pleno a la comunidad fraterna de los cristianos»* (RATZINGER). (En la reciente obra del Papa —titulada *«Jesús de Nazaret»*, se puede encontrar también una radiografía sociohistórica de la fraternidad).

Parecidamente en la presentación del Cristo evangélico y del Cristo histórico, la fuerza creadora de la idea de fraternidad está en su esencia renovadora y actual, como toda *la encíclica sobre la Esperanza*.

ANEXOS

Se acompañan, a continuación, complementariamente al texto principal de este trabajo, otras notas sobre la personalidad y pensamiento e BENEDICTO XVI, que abundan en la idea de la fraternidad.

BIENVENIDO, SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

Escribo cuando aún no se han acallado los «dardos», las críticas —a veces los improprios con que determinamos «grupúsculos» siguen poniendo en solfa, en duda, en incertidumbre, la elección de BENEDICTO XVI. *Hecha por el Espíritu Santo*. Como pretendiendo romper la alegría del pueblo— pueblo cristiano. Tan unido con su antecesor JUAN PABLO II, el Magno, el Santo. Como escuchó a su discípulo, el también teólogo Olegario DE CARDEDAL, académico de Ciencias Morales y Políticas, es una pena, produce no cierta tristeza escuchar o leer —sin conocerle, sin esperar a sus primeras obras— lo que el Cardenal RATZINGER, elegido Papa, nos pueda deparar. *«Ladran luego se cabalga»*. Y como era de esperar, esto nos obliga a seguir pidiendo para que todo ese *saber de Dios* que lleva dentro; toda esa *sabiduría del corazón* que tiene acumulado; toda esa gran *humildad* y *sencillez* de quien constituye una de las cabezas más egregias de la Iglesia, y del mundo; toda esa *naturalidad*, y apertura al diálogo, toda esa firmeza en la Fe —la gran arma para quienes han hecho entrega de su vida al Misterio para el hombre...— se mantenga. Iluminando caminos, marcando senderos.

Acaso es porque no han tenido ocasión de leer alguno de sus treinta y siete libros, publicados y traducidos al español. O haberle tratado en sus viajes a España —Toledo, Ávila, Murcia, Pamplona, Madrid, El Escorial...— y charlar con él. (En el año 2000, después de un coloquio con los periodistas en los Cursos de Verano de la Universidad Complutense, le saludamos y conversamos, al salir del recinto, le entregamos el libro en III edición sobre «*Sor Teresita del Niño Jesús, una Dominica de nuestro tiempo*», en proceso de beatificación, libro que llevaba en la contraportada un fotografía con JUAN PABLO II, comentando la obra, y que JUAN PABLO II conocía bien. Con una delicadeza y sencillez excepcional nos atendió).

Va a ser una sorpresa, en su actuación, ya que no lo ha sido en su elección. Tiene una concepción del mundo y la vida—la «Weltanschauung» que dicen en su argot los filósofos, teólogos y juristas alemanes. Lo que le va a permitir disponer de esa visión ecuménica —y globalizadota hoy— que nace de la profundidad teológica, y de su amor a Dios y a la Iglesia. También la medida de un buen hacer y gobernar. Con el empuje de la experiencia vivida, aprendida en JUAN PABLO, de la realidad eclesial, humana y pastoral.

Es «Géminis» nacido en el 1927, por tanto —«como nosotros»—«*niño de la guerra*», aunque allí, en Baviera —la «Andalucía» de Alemania— por unos meses, soldado forzoso de artillería antiaérea. Conocedor de los horrores del nazismo. Hijo de familia sencilla y ganadera y luego policía, el padre. Trabajador, humanamente luchador, firme y reposado. Sobre todo orante. Lleno de Dios. Convencido de que su Pontificado —por la edad— no podrá ser largo. Y por eso mismo, puesto —«*desde el primer día*»— al servicio de la Iglesia. Con los colaboradores iniciales de JUAN PABLO II. Que se irán renovando. Con la ayuda de los que irá conociendo más, aunque él —por la Congregación de Defensa de la Fe— tratará a todos. Tendrá a los jóvenes de su mano. De alguna otra manera los ganará. Irá a Colonia y luego a Valencia (la familia es su otra preocupación). Su figura, por sí, es atractiva en el sentido humano. Dicen que se parece a monseñor CAÑIZARES. A mi me recuerda al P. Emilio SAURAS, dominico pelo blanco, aparentemente serio, sonriente, en lo profundo alegre, otro gran teólogo del Concilio Vaticano II, que entró de «progresista», y terminó como garante firme de la Fe, y por eso ha de ser «conservador». Lo demás vendrá por añadidura. A Jesús no le recibieron los suyos. ¡Bienvenido, Santo Padre, BENEDICTO XVI, Sendero de Luz, en el Misterio de Cristo y del Hombre. Bendíganos!

BENEDICTO XVI, PONTÍFICE DE LA VERDAD Y DEL AMOR

A los pocos meses del 11-S, que es cuando asomó el verdadero rostro del islamismo radical-terrorista, tuvimos unas lecciones de Julián MARIAS, sobre aquel suceso. Nos sirvió para una posterior sesión académica en la Real Academia de Doctores, en la que desarrollamos los aspectos ético-religiosos, y jurídico-políticos. Una idea central me quedó grabada. La de que el impacto «fuerte» del islamismo, a lo largo de la Historia, se ha ido acrecentando a medida de que el cristianismo y su impronta civilizadora en Occidente, se mostraba más débil. El vaciamiento espiritual tendría a ser cubierto, con un activismo islamista singular. Ocurrió con la Reforma, que les llevó a las puertas de Viena, o con la Revolución Francesa, o con el dominio de todo el norte de África —de raíces cristianas y agustinianas. Diluido el comunismo, y roto

el telón de acero, el marxismo y sus aliados sofisticados, aparte de errores graves, *han vuelto a poner el islamismo en el primer plano*. La experiencia española de ocho siglos de Reconquista no la ha conocido ningún país europeo. Y ahora mismo, por diversas causas, y los efectos de nuestro 14-M, más la inmigración magrebí, España se ha convertido en una puerta para la penetración, en nuestra sociedad.

Esta introducción viene a cuento, ante el hecho de que a nuestro gran Papa BENEDICTO XVI, traspapelando un texto, estrictamente académico en la Universidad de Ratisbona, se haya convertido en «pre-texto», para organizar una orgía de impropiedades en el mundo islámico. Olvidando —dolorosamente— toda la doctrina de la Iglesia y del Concilio Vaticano II, incluso las posiciones, criticadas desde otras esferas, sobre la guerra de Irak, y el conflicto palestino-israelita. Como apunta el filósofo José Antonio MARINA, con alguna reticencia sobre la oportunidad, «*se ha cogido el rábano por las hojas*». Lo más lamentable, es ese silencio de gran parte de los cristianos de Occidente. Con mayor énfasis de entre los que se opusieron a incorporar la idea de las raíces cristianas, en el proyecto de Constitución Europea. MINGOTE lo ha expresado muy bien (ABC, de 18-9-2006): «*los clérigos españoles han movilizado a millones de fieles, con el Papa. Lástima que superada la Edad Media, nuestros clérigos han perdido la capacidad de hacer algo parecido*».

En cuanto al fondo del tema, además del escenario académico-universitario de la disertación sobre Fe y Razón, no se puede exasperar tan agresivamente, cuando entre Islam y el catolicismo, han existido bases de convivencia y tolerancia, en la historia. «*Actuar racionalmente es hacerlo en la voluntad de Dios*», y no la inversa. Interrogarse sobre Dios por medio de la razón, precede a toda consideración de imposición por la fuerza de aquella voluntad. «*El Papa de la razón*», le llamaban Juan Manuel de PRADA, y NAVARRO VALLS. La «diversidad del Islam no impide que recordemos la idea de ORTEGA, genérica pero aplicable a estos momentos, sobre cómo muchos mahometanos tengan la idea de *«creer que los demás tienen derecho a creer lo que nosotros no creemos»*».

El fanatismo y fundamentalismo religioso —presente en otros momentos de la historia, como Serafín FANJUL describe— no deben tener cabida, cuando el Santo Padre, siguiendo a JUAN PABLO II, ha puesto —como doctrina evangélica— al *Dios-Amor, como expresión viva de la creación del hombre, de todos los hombres, de todo el hombre*. De ahí nace la grandeza de la dignidad, de la igualdad, y de la libertad, y por tanto de la vida. Si ecuménicamente no se llega a un acercamiento, sereno y sincero, siempre quedará la tolerancia, partiendo de la verdad, aunque cueste la vida. Ese es también realidad histórica: un Miguel SERVET, quemado vivo en Ginebra, por los calvinistas, siendo sí que ahora mismo —Congreso Internacional de SERVET, en Barcelona— otros son los primeros en tratar de enmarcar al sabio aragonés como anticipador de la libertad de conciencia y de la tolerancia. «*Una razón que ha expulsado la verdad de Dios de su horizonte intelectual y vital —el mundo occidental no será capaz de articular un diálogo— aunque el respeto a lo sagrado quede fuera de toda duda...ni solidaridad ni libertad*» (Monseñor ROUCO, en «*Una espléndida reflexión teológica*», ABC, 28-9-2006).